

EL TIEMPO EN CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Silvina Valesini

Karina Cortés

Universidad Nacional de La Plata

valesini2001@yahoo.com.ar

kc@fibertel.com.ar

"...Paradójico, el tiempo, todo lo da y todo lo quita. Porque el reloj gobierna la rutina de los hombres, nada hay más objetivo que el tiempo, pero también nada hay más subjetivo que él cuando la espera lo paraliza y la emoción lo acelera. Nada más personal, nada más compartido. Nada más abundante, nada más escaso. El tiempo está en todas partes y en ninguna. Es la forma de ser y de no ser. El tiempo es puente, pero también abismo. Desechable, inmortal. La vida está hecha de tiempo, pero asimismo es una carrera contra el tiempo.

Alrededor del tiempo surgen los conflictos que tejen la existencia, el conflicto entre el presente y el futuro, origen y fundamento del conflicto entre el orden y la trasgresión, la seguridad y el sentido; el conflicto entre un futuro que promete y un pasado que obliga, entre la plenitud del instante y la ubicuidad de lo sido. ¿Cómo pudiera ser de otra manera? Si a medida que somos no somos, si somos responsables de lo que ya no somos y es menester contar con lo que todavía no somos. El tiempo es el enigma de la existencia, pero también la clave, la sustancia, el reto..." [1]

En este trabajo vamos a abordar el tema del tiempo en la obra de Gabriel García Márquez Cien años de soledad. Consideramos que, dentro de las múltiples miradas que la obra posibilita, la del tiempo es una de las más pregnantes. La referencia al tiempo es recurrente, derivándose a conceptos relacionados tales como la memoria, el olvido, la muerte.

Un esquema general de la estructura (en tanto forma-contenido) de la obra permite señalar que su compleja

secuencia de acciones puede ser sintetizada de la siguiente manera: se trata de una matriz temporal, en torno a la cual se articulan dos momentos diferentes: uno de ellos previo a la fundación de Macondo que se encuentra en la vertiente de los hechos históricos reales, según sus leyes y determinaciones; y otro que puede situarse en Macondo a lo largo de 100 años y tienen un carácter especular, imaginario, aparente. Durante estos 100 años la historia se detiene y el ser humano se sume en la alienación de sí mismo, de los demás y del progreso colectivo. Por eso, la forma-contenido estructural tiende a ser circular y culmina en un momento de simultaneidad que condensa 100 años en un instante, después del cual se advierte que toda la existencia de Macondo, como territorio virtual, era sólo un reflejo, una imagen en un espejo que -si alguna vez existió- ha sido borrada de la memoria de los hombres.

1.- El primer momento vinculado al tiempo histórico puede ser relatado así:

Riohacha, población costera es asaltada en el siglo XVI, por el pirata británico Sir Francis Drake como la mayor parte de los territorios coloniales españoles en el proceso de desgaste en que el imperio británico saquea y acumula su nuevo dominio capitalista. Sin embargo, los únicos efectos del imperialismo inglés incipiente son -en la novela- las quemaduras que se causó la bisabuela de Úrsula Iguarán, quien "se asustó tanto con el toque de rebato y el estampido de los cañones, que perdió el control de los nervios y se sentó en un fogón encendido." (p. 32).

De la brutalidad del saqueo y de las acciones que culminaron con el dominio imperial británico bajo un nuevo signo, sólo se advierten en la novela las pesadillas de esta señora que se convierten en la causa por la cual la familia huye hacia unas rancherías en la sierra, en las que conocen y conviven con la familia Buendía.

Muchos siglos y matrimonios entre ambas familias después, Úrsula y José Arcadio se casan. El temor al hijo con cola de puerco, producto del incesto, evita la consumación del matrimonio, hasta que las burlas (que ponen en duda su honor viril) provocan a José Arcadio a matar a Prudencio Aguilar. De

esa culpa es de la que Úrsula y José Arcadio huyen "... ligados hasta la muerte por un vínculo más sólido que el amor: un común remordimiento de conciencia." (p. 33), caminan (en una figura contraria a la que señala la Biblia) "hacia la tierra que nadie les había prometido" (p. 37) y fundan Macondo.

Cien años de soledad es una de las manifestaciones metafóricas más expresivas de la historia colombiana -y latinoamericana en general- desde la conquista ibérica hasta nuestros días. Al hablar de historia no se señalan -solamente- los hechos puntuales que se expresan en el mundo literario (la violencia generalizada desde la colonización española, el sentido del honor que limita las posibilidades para la solidaridad, las incursiones de los piratas británicos, las interminables guerras entre partidos personalistas, las matanzas multitudinarias que sirven para instaurar, mantener y reacomodar el dominio económico-político y militar del imperialismo). Estos hechos están ahí, pero lo fundamental en la obra literaria es que están elaborados de tal manera que intensifican su capacidad de referencia histórica en lo poético.

2.- Con la fundación de Macondo, el tiempo del relato adquiere una configuración en espiral: el futuro conduce al presente, al pasado y luego se evade hacia el territorio mágico. Por ejemplo, la muerte de Úrsula se relata así: se empieza por anunciar lo que todavía no ha sucedido: "Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morirse cuando escampara." (p. 440). Luego se vuelve al pasado: "... lloró de lástima al descubrir que por más de tres años había quedado para juguete de los niños." (p. 440). En el presente reinicia la restauración de la casa, se encuentra con José Arcadio Segundo en el cuarto de Melquíades donde: "se estremeció con la comprobación de que el tiempo no pasaba, como ella lo acababa de admitir, sino que daba vueltas en redondo." (p. 443). Vuelve al pasado, de nuevo, cuando confunde a Aureliano Babilonia con el coronel. (p. 450) En el presente se señala que "... no volvió a recuperar la razón." (p. 450). En el último tiempo su deterioro es una vez más una vuelta al pasado: "Parecía una anciana recién nacida." (p. 451); para luego entrar en la magia: cuando Úrsula muere se produce "un cierto aturdimiento de la naturaleza" (p. 452), el

mediodía que la entierran "hubo tanto calor que los pájaros desorientados se estrellaban como perdigones contra las paredes y rompían las mallas metálicas de las ventanas para morir en los dormitorios." (p. 453),

La estructura inicial de algunos capítulos también reitera el proceso que relata un hecho desde el futuro (la muerte) para luego retroceder en el tiempo hacia el pasado: "Años después, en su lecho de agonía, Aureliano Segundo había de recordar la lluviosa tarde de junio en que entró en el dormitorio a conocer a su primer hijo." (p. 244). Tiene una estructura exactamente igual al párrafo inicial: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo." (p. 9).

"La diferencia entre modos de inscripción orales y escritos está marcada desde la primera frase de la novela: (...). El pretérito simple de la narración ("su padre lo llevó") se ubica en un futuro que ya ha ocurrido, una operación que es posible sólo gracias a la cristalización de la escritura y a su compleja sintaxis. Esta perspectiva depende también de una concepción de la historia escrita como una serie ordenada en el tiempo, cuyos momentos finales pueden verse como ya escritos en los primeros. La localización de un pasado recordado dentro de un futuro que en cierto sentido ha ocurrido ya constituye la estructura temporal del libro en conjunto." [2]

Cien años de soledad relata fundamentalmente las condiciones en que la huida de la culpa de José Arcadio y Úrsula da pie a la fundación de Macondo. Macondo es, entonces, un lugar en el cual la realidad histórica y social es negada: en principio haciendo hincapié en la igualdad paradisíaca de los primeros habitantes, luego con el distanciamiento del pasado (el galeón español abandonado tierra adentro); los adelantos científicos (todos los inventos son traídos desde fuera: Macondo no produce nada) y la incapacidad para aceptar las condiciones reales de existencia (la explotación, la huelga y la masacre bananera) van agudizando el efecto de que el tiempo no transcurre (o transcurre en redondo). No hay salida a un encierro que mantiene a Macondo solamente como un reflejo de una realidad que no puede ser leída. Allí se evidencia un atraso con respecto a los progresos científicos, tecnológicos y

literarios de la época, producto de su aislamiento de la realidad histórica y social, tanto como de los otros seres humanos.

La versión -en la novela- de la absoluta incapacidad de la literatura para fundar la comunicación está en los Manuscritos de Melquíades, escritos 'de espaldas a la ventana', en un idioma muerto y cifrados de tal manera que su interpretación dura cien años: "Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante." (p. 547). Los manuscritos son la profecía que no puede advertir los peligros ni antes ni después que ocurran las desgracias, su lectura es simultánea con la destrucción y tampoco sirve de advertencia: "... cuando Aureliano saltó once páginas para no perder el tiempo en hechos demasiado conocidos, y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado (...) Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos..."(p. 548).

En el proceso de concluir el desciframiento de los pergaminos, Aureliano Babilonia regresa a los orígenes «olvidados». Según la concepción mítica, el conocimiento de los orígenes se une con la destrucción y el renacimiento del mundo. Gracias a este conocimiento es posible adivinar el futuro e influir en él. También Aureliano llega a conocer y entender su pasado dominado por la leyenda del hijo con cola de cerdo. Además, conoce-vive el futuro (el castigo que viene con ese hijo) que se está convirtiendo en el presente e incluye a Macondo y a Aureliano mismo. En el momento de la lectura de las últimas líneas de Melquíades, sin embargo, el conocimiento del pasado no le sirve de nada. Ya es tarde para poder cambiar el futuro, es tarde para poder controlar la situación. El huracán bíblico está destruyendo a todo el mundo de Macondo junto con el protagonista mismo.

"Sólo entonces descubrió que Amaranta Úrsula no era su

hermana, sino su tía, y que Francis Drake había asaltado a Riohacha solamente para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que había de poner término a la estirpe" (p. 548). El significado de los manuscritos se revela ordenado en el tiempo y el espacio de los hombres "El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas". Irónicamente, sin haberse olvidado del pasado (sin haber cometido el pecado del incesto y haber sufrido el castigo en forma del nacimiento del hijo con cola de cerdo), Aureliano Babilonia nunca hubiera podido conocer el futuro (los pergaminos). Olvidarse del pasado significa morir; para conocer el futuro en el caso de los Buendía, hay que olvidarse del pasado; a Aureliano Babilonia, por tanto, no le queda otra opción que conocer el pasado y morir en el futuro hecho presente.

El aislamiento de la estirpe

La lectura de los temas de la novela permite señalar el aislamiento, la improductividad, la frustración como la culminación de un proceso inevitable.

El anhelo por conocer la realidad está frustrado por el aislamiento de la improductividad: en Macondo nadie trabaja para progresar, salvo en la primera época de igualdad, luego todo lo que es trabajo va aparejado a un proceso mágico que así como llega, desaparece. El negocio de los animalitos de caramelo produce un bienestar familiar, la ampliación de la casa y la presencia desaforada de los forasteros; las rifas maravillosas de Petra Cotes terminan en el derroche de las parrandas de Aureliano Segundo; la llegada de la tecnología: ferrocarril, electricidad, compañía bananera, no aporta nada. Después del diluvio, la compañía bananera desmantela sus instalaciones y Macondo queda peor que antes: desencantado y despojado de sus riquezas. En Macondo no hay industria propia (salvo la fábrica de hielo de Aureliano Amador que culmina con la señalización en la frente, persecución y muerte de todos los Aurelianos), es decir, no se acumula nada de lo producido.

Por eso es que, cuando José Arcadio Buendía, el orgulloso fundador enloquece, o quizá recién entiende la realidad, percibe

que "también hoy es lunes..." (p.109) porque se da cuenta que nada ha cambiado, ni al día siguiente tampoco, es decir, que no hay progreso. "Ambos descubrieron al mismo tiempo que allí siempre era marzo y siempre era lunes, y entonces comprendieron que José Arcadio Buendía no estaba tan loco como contaba la familia, sino que era el único que había dispuesto de bastante lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto una fracción eternizada" (p. 461).

El lugar cerrado por excelencia es el cuarto de Melquíades, el cual se relaciona con el destino cifrado de la familia. Este cuarto posee la virtud de recibir la visita fantasmal de su dueño cada vez que alguno de los Buendía se interesa por interpretar los manuscritos. Además, en este espacio la vida no transcurre, prueba de lo cual es que las cosas no se ensucian, hasta el momento en que el fantasma se desvanece definitivamente porque ya Aureliano Babilonia ha iniciado el proceso de la traducción. Sólo dos militares (el coronel y el oficial que persigue a los dirigentes sindicales) no pueden ver el cuarto limpio, porque para ellos sólo la suciedad y el deterioro naturales son visibles: "Con la nueva casa Úrsula le hizo construir un cuarto especial a Melquíades." (p. 100). "Nadie había vuelto a entrar al cuarto desde que sacaron el cadáver de Melquíades... pero cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas entró una luz familiar que parecía acostumbrada a iluminar el cuarto todos los días... A pesar del encierro de muchos años, el aire parecía más puro que en el resto de la casa." (p. 246). "El coronel abrió el cuarto de Melquíades y sólo encontró los escombros... acumulados por tantos años de abandono." (p. 209). "En el cuarto apartado adonde nunca llegó el viento árido, ni el polvo, ni el calor, ambos (José Arcadio Segundo y Aureliano Babilonia) recordaban la visión atávica de un anciano con sombrero de alas de cuervo que hablaba del mundo a espaldas de la ventana, muchos años antes de que ellos nacieran." (p. 461). Aureliano Babilonia "no abandonó en mucho tiempo el cuarto de Melquíades... llegó a la adolescencia sin saber nada de su tiempo, pero con los conocimientos básicos del hombre medieval." (p. 469).

Sólo cuando Melquíades muere por tercera vez y en forma

definitiva, el cuarto se hace vulnerable al transcurso del tiempo. (p. 471).

La peste del insomnio. La memoria y el olvido

En la primera etapa de Macondo, sus fundadores consiguen escapar eficazmente a la conciencia de su culpa. En esta etapa, Macondo es una ciudad feliz, en la cual reina la igualdad perfecta: "Al principio José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil que... colaboraba con todos... para la buena marcha de la comunidad...había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo... ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor... Era de verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de 30 años y donde nadie había muerto." (p. 20).

El primer Macondo es una aldea ideal y llena de energía. Nacen y crecen los niños de los primeros habitantes, vienen y se van los gitanos con sus maravillas de la ciencia. Luego José Arcadio Buendía se vuelve aficionado a la alquimia y Úrsula emprende su negocio de animalitos de caramelo. Macondo ya no está aislado del resto del mundo. La casa de los Buendía —y asimismo la aldea, que es un espejo de la casa— empieza a llenarse de gente ajena. Con los elementos ajenos (los indios Visitación y Cataure, la niña Rebeca, el bebé Arcadio, el corregidor o el cura) la pureza inicial de Macondo se contamina. La contaminación culmina con la peste del insomnio, que disuelve la realidad en una farsa grotesca. La destrucción por el olvido viene anunciada por la desaparición de José Arcadio, el hijo, que se olvida de sus padres, de su pueblo natal, de su religión y se va con los gitanos (p. 51).

Es significativo que la peste del insomnio llega a la casa de los Buendía con Rebeca, o sea, desde afuera, y que causa alarma entre Visitación y Cataure, que pensaban que en Macondo estaban a salvo de dicha enfermedad a la que tanto temían. La peste evoca las enfermedades traídas al Nuevo Mundo desde Europa, que destruían rápidamente a la población aborigen. Las epidemias y la llegada de la nueva religión causaron la gradual desaparición de las creencias precolombinas, que caían en el olvido. Y eran precisamente las culturas indígenas las que

conservaban la concepción mítica de la vida, mientras que los europeos ya la iban perdiendo con la institución de la Iglesia. La peste del insomnio atemoriza a los dos indígenas precisamente porque el olvido que causa representa la muerte del alma, la pérdida de los ejemplos divinos en la vida humana y de ahí la pérdida de la identidad y del sentido de la vida: "la india le explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotéz sin pasado "(p. 65).

Los Buendía, por otro lado, no ven ningún peligro en la peste y reducen el horror de los indígenas a puras supersticiones. José Arcadio incluso parece contento: «Si no volveremos a dormir, mejor —decía José Arcadio Buendía, de buen humor—. Así nos rendirá más la vida». (p. 65). El olvido de la vida espiritual, simple y modesta se hace patente en Macondo. En el laboratorio, José Arcadio Buendía olvida el espíritu y se aferra solamente al intelecto, hundiéndose en la alquimia. En la cocina, Úrsula se convierte en una máquina de hacer dulces. Los animalitos de caramelo se vuelven una obsesión y le quitan el tiempo y el amor para sus hijos. No es gratuito, entonces, que la peste del insomnio se extienda por todo Macondo precisamente mediante los animalitos de caramelo fabricados por Úrsula.

Los habitantes de Macondo toman la peste del insomnio con la misma frivolidad que los Buendía. Cuando ya se demuestran los síntomas del olvido, los macondesños recurren a la práctica inventada por Aureliano de equipar todos los objetos con tarjetas con nombres y descripciones de uso correspondientes. Este esfuerzo absurdo llega hasta el punto de erigir un letrero con la inscripción «Dios existe» (p. 70) a la entrada a Macondo. La intención de José Arcadio Buendía de construir una máquina de la memoria simboliza alegóricamente las limitaciones de la ciencia, tan apreciada por el hombre moderno. Sin embargo, los difíciles y aburridos métodos de los

Buendía son pronto cambiados por las barajas de Pilar Ternera. La situación en Macondo se vuelve totalmente grotesca: «el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril... y una fecha de nacimiento quedaba reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel» (p. 70). Incluso la tradición medieval europea según la cual los enfermos tenían que llevar una campanita para prevenir a los sanos acaba grotescamente deformada: «Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaban sanos» (p. 68).

“La peste que ataca a los habitantes de Macondo produce amnesia como efecto colateral: la gente no puede recordar los nombres de las cosas. El contagio se produjo por el contacto con indios locales, una comunidad oral, y el remedio es traído por Melquíades, el hombre que escribe. Pero antes de que la peste fuera curada, José Arcadio Buendía, el patriarca de la familia, inventa una máquina de la memoria para detener sus desastrosos efectos: "El artefacto se fundaba en la posibilidad de repasar todas las mañanas, y desde el principio hasta el fin, la totalidad de los conocimientos adquiridos en la vida. Lo imaginaba como un diccionario giratorio que un individuo situado en el eje pudiera operar mediante una manivela, de modo que en pocas horas pasaran frente a sus ojos las nociones más necesarias para vivir. Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas. Es en verdad una máquina de escritura. Para contrarrestar el peligro de que la gente pudiera olvidar la función de las cosas (el divertido ejemplo que se da es el de la vaca), produce letreros y definiciones. Pero al eliminar el olvido elimina el cambio: el mundo se subordina al diccionario. Y dado que su interés es llenar la totalidad de la realidad con palabras, sin dejar ninguna brecha, su circularidad se convierte en una figura de la literatura escrita como estructura cerrada, que no admite modificación y se encierra en su autosuficiencia: lo cual es a su vez una imagen de esta novela en particular, con la sensación de obstrucción y atasco que conlleva y con su maquinaria de destino ineludible. El material de la novela es predominantemente oral, pero pasa a través de una solidificante forma escrita. Hay un doble modo de operar: de un lado, las historias orales y, del otro, un código fijo de

fatalidad, encarnado en la noción de las profecías de Melquíades.” [3].

Es Melquíades, el iniciador de la manía científica en Macondo, quien viene a salvar a todos de la peste de insomnio. El momento en el cual José Arcadio Buendía recupera la memoria guarda mucha similitud con la recuperación de la fe, de la identidad humana, del sentido de la vida: «Los ojos se le humedecieron de llanto, antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados, antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes» (p. 72). Irónicamente, Melquíades salva a José Arcadio Buendía de una confusión solamente para meterlo en otra aun peor: llega con un laboratorio de daguerrotipia y José Arcadio se hundirá desde aquel momento en el esfuerzo de conseguir la prueba científica de la existencia de Dios por el daguerrotipo

El tema de la memoria está presente a lo largo de la novela personificado en las centenarias Úrsula y Pilar Ternera. Úrsula representa la memoria moral, siempre repite los orígenes de los Buendía a todos los miembros de la familia y así previene el nacimiento del hijo con la cola de cerdo. Cuando ella muere, la dinastía se olvida de la predisposición fatal y el hijo-monstruo nace. La memoria de Pilar Ternera, por otro lado, no sirve para prevenir la catástrofe. Al contrario, cede a la fatalidad de la familia y facilita las uniones prohibidas y temidas por Úrsula.

La muerte

En Macondo el tema de la muerte se desarrolla desde un punto de vista mítico, allí los muertos sienten y lloran y se comportan como seres vivos. En la concepción mítica del mundo la muerte nunca es definitiva y siempre significa el renacimiento de la vida nueva e inicio del siguiente ciclo de la existencia[4]. Además, la importancia mítica de la memoria mantiene «vivos» a los antepasados [5]. Consecuentemente, Cien años de soledad no presenta una frontera definida entre la vida y la muerte. Los muertos continúan viviendo en la casa con los vivos (Melquíades, José Arcadio Buendía y Prudencio Aguilar) y como si fueran vivos (por ejemplo, Prudencio Aguilar envejece (p. 109), se hace amigo de José Arcadio Buendía y hace

proyectos para el futuro con él (p.189). Los vivos, por otro lado, se entregan a los ritos de la muerte. Así Amaranta se encarga de las preparaciones de los funerales del coronel Aureliano Buendía, espera prestar los mismos servicios a Rebeca y ella misma se «prepara para la muerte como para una fiesta» tejiendo su mortaja y planeando todos los asuntos de un modo tan preciso que la familia se burla de ella. Otros protagonistas se entierran a sí mismos durante su vida (Rebeca en la casa de Arcadio, el coronel Aureliano Buendía en su taller, José Arcadio Segundo en el cuarto de Melquíades). Los muertos llegan por correo como regalos navideños para niños (el macabro paquete gigantesco con el cadáver del padre de Fernanda - p. 286). La unión de la muerte y la vida se muestra claramente en la última etapa de la vejez de Úrsula, que se va reduciendo poco a poco, «fetizándose, momificándose en vida, hasta el punto de que en sus últimos meses era una ciruela pasa perdida dentro de un camión, y el brazo siempre alzado terminó por parecer la pata de una marimonda [...] Parecía una anciana recién nacida» (p. 451). La ambigüedad entre la muerte y la vida corresponde a la concepción mítica de la existencia, según la cual la muerte nunca tiene carácter definitivo. De ahí la falta del temor ante la muerte por parte de los Buendía... "La muerte es una mujer de pelo azul que conversa serena como un céfiro, mientras borda la mortaja de sus elegidos".

El único modo de morir definitivamente es ser olvidado por los vivos. Por estas razones la peste del insomnio y la pérdida de la memoria espantaban tanto a los indígenas. Del mismo modo, Melquíades y Prudencio Aguilar regresan al mundo de los vivos, porque no pueden soportar la soledad de la muerte definitiva. Por eso la última pareja de los Buendía está acompañada constantemente por los espíritus de la estirpe:

"Muchas veces fueron despertados por el tráfago de los muertos. Oyeron a Úrsula peleando con las leyes de la creación para preservar la estirpe, y a José Arcadio Buendía buscando la verdad quimérica de los grandes inventos, y a Fernanda rezando, y al coronel Aureliano Buendía embruteciéndose con engaños de guerras y pescaditos de oro, y a Aureliano Segundo agonizando de soledad en el aturdimiento de las parrandas, y entonces comprendieron que las obsesiones dominantes

prevalecen contra la muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos seguirían amándose con sus naturalezas de aparecidos, mucho después de que otras especies de animales futuros les arrebataran a los insectos el paraíso de miseria que los insectos estaban acabando de arrebatarnos a los hombres "(p. 541).

Conclusión

La atmósfera de reclusión y de circularidad se genera en la novela de diversas formas, que incluyen el estado del tiempo, la repetición de los nombres y eventos y los procesos de deterioro físico y social. Aquí consideramos la estructura del argumento en términos de su manejo del tiempo. Se observa una fascinación por el transcurrir de largos períodos, dominados por un evento fatal. La historia de los Buendía en Cien años de Soledad se extiende a los cien años durante los cuales se difiere el castigo del deseo incestuoso.

"...Y que en cualquier lugar en que estuvieran recordarán siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irrecuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera". (p. 530).

Notas

Gabriel García Márquez," Cien años de Soledad", Maestros de la Literatura Contemporánea, Madrid, Sudamericana, 1995. Todas las citas se remiten a esta edición. En adelante solo se anotará el número de la página correspondiente.

[1] Julián Serna Arango, Borges y el tiempo. Espéculo. Revista de Estudios Literarios. Universidad Complutense de Madrid. El URL de este documento es <http://www.ucm>

[2] William Rowe: García Márquez. La Máquina de la Historia. El URL de este documento es <http://www.novelacolombiana.com>

[3] William Rowe: García Márquez. La Máquina de la Historia.
El URL de este documento es
<http://www.novelacolombiana.com>

[4] Mircea Eliade, "Mito y Realidad", Madrid, Guadarrama,
1973, pág. 73, 89-90

[5] Mircea Eliade, "Mito y Realidad", Madrid, Guadarrama,
1973, pág. 48-50 y 103-104